

TIMOTHY C. WINEGARD, *El mosquito. La historia de la lucha de la humanidad contra su depredador más letal*, trad. de Joan Domènec Ros y Marcos Pérez, Penguin Random House, Barcelona, 2019, 635 pp. ISBN: 978-84-666-6647-3.

En el primer trimestre de 2020 el mundo pareció venirse abajo. Una extraña enfermedad contagiosa, aparecida en una remota (para quien esto escribe) ciudad de China, se expandió con insólita rapidez por todo el planeta y provocó una terrible pandemia a resultas de la cual, un año después, los contagiados reconocidos –a saber cuántos no aparecen en las cifras oficiales– se contaban en guarismos seguidos de ocho ceros y los muertos por millones. Y persistía sin aflojar su capacidad de infligir daño... La exótica y misteriosa “neumonía de Wuham”, cuyo origen, si atendemos a las voces más competentes, procede de una zoonosis (es decir, consiste en una enfermedad transmitida en su momento inicial, y de forma natural, de animales a seres humanos), se convirtió en la ya famosa “enfermedad por coronavirus COVID-19”.

El mundo, decimos, pareció venirse abajo, ya que la “normalidad” (si eso existe más allá de la palabra) por la que discurría la vida de miles de millones de personas se hundió bajo la doble presión de una seria amenaza a la salud individual y colectiva y de las diversas medidas gubernamentales tomadas por doquier a fin de entorpecer la transmisión del virus. Estas últimas coincidieron en limitar los movimientos de hombres y mujeres, de modo que se dictaron incluso normas ordenando severos confinamientos domiciliarios que, dada su extensión y magnitud, y no sólo por ello, tenían escasos precedentes en el pasado. Las increíbles y truculentas fantasías imaginadas por novelistas, autores de cómics y guionistas de cine con el objeto de estremecer a su público, quedaron como empequeñecidas ante una realidad que tenía poco que envidiar a las más alucinadas de tales ficciones a la hora de generar tensión y miedo.

Desde la irrupción en el ya lejano 1918 de la llamada “gripe española” (su nacionalidad se debe al hecho de que, dada la censura imperante en los países que aún combatían en la Primera Guerra Mundial, la prensa de España fue la que sí que informó de la aparición de la nueva infección y, en particular, del contagio del rey Alfonso XIII), desde hacía, pues, casi un siglo exacto, la humanidad no se había visto sometida a una prueba tan brutal en este ámbito. El SIDA, por poner un caso, quedó muy lejos de su virulencia, arrinconado en la práctica y después de unos inicios que, sin duda, generaron estupor en determinados colectivos y hábitos sociales. El letal virus del Ébola, por poner otro, apenas ha salido de África... El albur de encontrarse cara a cara con un enemigo mortal, invisible y ubicuo, decidido a cobrarse, en poco tiempo y tras multiplicarse los contagios, un porcentaje sensible de vidas humanas, algo que había sido bastante común en ayeres sólo rememorados por los estudiosos de

la historia, cuando la peste, la viruela, el cólera, la malaria, la fiebre amarilla y otras dolencias interrumpían de manera súbita o cíclica el discurrir humano con incidencia local o globalizada, ha sido una experiencia disruptiva que la humanidad, a la fuerza, ha tenido que asumir y reactualizar.

Y es que el COVID-19 ha demostrado una vez más, por si hiciera falta, la fragilidad de cualquier “normalidad” –insisto, sea eso lo que sea– y la amenaza constante que sobrevuela sobre cualquier rutina. Asimismo la omnipresencia de la muerte, siempre al acecho (para morir únicamente se requiere, como es bien sabido, la condición de estar vivo), y el nada liviano peso de lo contingente, de lo azaroso, que es capaz de cuestionar el orgullo de las sociedades “avanzadas”, esas sociedades autosatisfechas que quieren pensar que han alcanzado una especie de cómoda seguridad en la que casi todo está previsto y controlado, como programado, y que los riesgos se hallan acotados y minimizados. La incertidumbre que han producido y propagado los ataques del “bicho” ha alterado la cotidianidad, obligada a adaptarse a ellos para disminuir sus efectos. También ha cuestionado con vigor, aunque no sé si con eficacia a la larga, las pompas muy enojosas del neoliberalismo campante y rampante, empeñado en las últimas décadas en socavar la capacidad de los mecanismos públicos de defensa contra las contingencias (el neoliberalismo es la última playa del egoísmo, un “sálvese quien pueda” que no se sirve de máscaras y, en sus especímenes extremos, desdeña las mascarillas) que se representa el mundo como un inmenso mercado (se dice que “libre”) regido por las reglas “impersonales” de una especie de competencia darwinista (los “listos”, y la banca, ganan siempre) en la que no impera la equidad ni la ética (todo vale para no ser un *loser*) y que, por si fuera poco, no fija entre sus prioridades los peligros del cambio climático, de las alteraciones de los ecosistemas, del expolio depredador de tantos recursos naturales irremplazables y de otras semejantes zarandajas (aunque puedan tener lazos con el desencadenamiento de viejas y nuevas zoonosis).

Igualmente, es verdad, la necesidad de evitar que el reinado de la nueva enfermedad se prolongue, de impedir que las olas de contagios se sucedan en un ritmo insoportable de morbilidad y mortalidad, de recuperar algún tipo de “normalidad”, aunque sea “nueva”, ha revalorizado para un buen fin el conocimiento científico; en particular, en el terreno fértil de la investigación biomédica y farmacéutica. La honda cura de humildad a que ha obligado la tremenda pandemia ha incorporado, en la otra cara de la moneda, la muy encomiable eficiencia demostrada a la hora de encontrar y producir, con rapidez inusitada, vacunas que la contengan (aunque aquí también las uñas negras del “negocio” ensucien el panorama). En cierto modo, el miedo de cada cual surgido de la posibilidad nada remota de enfermar y/o morir se ha visto compensado por la esperanza que nace de la efectividad de las vacunas. O, al menos, eso es lo que creo que se percibe mientras escribo estas líneas, en el segundo trimestre de 2021...

Para la gente que se dedica –que nos dedicamos– al no siempre sosegado estudio de la historia, pero supongo que también para la que ejerce un periodismo “profundo” (y para otros, como su público) y, aún más, para tantos y tantas profesionales de la biología, la medicina o la farmacia que suele estar bien informada del pasado de sus disciplinas, el repentino estallido de la pandemia, con su cortejo de males y sus múltiples y atroces secuelas, no era un requisito imprescindible para volver los ojos hacia unos tiempos pretéritos repletos de sucesos similares ampliamente registrados, conocidos e investigados. El sacro colegio sacerdotal de la musa Clío, así como el del dios Asclepio o el de la diosa Higía, saben de sobra que la azarosa vida de la humanidad ha estado perpetuamente entrelazada a la irrupción de “catástrofes”, por regla general inesperadas y estremecedoras, que emanan del entorno natural (por sí

solo o por las consecuencias de la acción humana sobre él), sea en forma de diversas epidemias, de desastres climáticos (sequías, inundaciones y demás) o de movimientos telúricos (terremotos, sunamis, erupciones volcánicas). Unos fenómenos que se entretujan con la trama compleja de la historia y que, en realidad, y dada su reiteración, sólo son “azarosos” en el sentido de que no se prevén con exactitud ni en su estallido, ni en su duración, ni en sus resultados.

No hay que extrañarse, por tanto, de que, antes de la pandemia que vino a trastocar nuestros hábitos, a infectar nuestros cuerpos, a atemorizar nuestras mentes, y a llevarse a demasiadas personas a la tumba, fuera fácil encontrar en los catálogos de editoriales privadas y públicas una nutrida cantidad de libros dedicados a historiar las calamidades “de origen natural” de antaño; y, entre ellas, las de tipo socio-sanitario con preferencia tan particular como comprensible: a la generalidad de los humanos les es más fácil enfermar de gripe que recibir en la cabeza el impacto de una bomba volcánica...

En efecto, a lo largo de las décadas que precedieron a la invasión del COVID-19, sin ir más lejos, se publicaron en castellano un buen número de libros más o menos documentados y más o menos interesantes sobre pandemias, epidemias y brotes infecciosos del pasado, en especial, del más próximo. Escritos por historiadores (sin adjetivos o instalados en la historia de la ciencia), por científicos en ejercicio (médicos y biólogos de distintas especialidades) y por “escritores científicos” aclimatados en sus aledaños o por periodistas de investigación cargados de sólidas lecturas, estos textos han recibido una atención renovada, muchas veces incluso en forma de reedición, gracias precisamente a la apetencia de un abanico de lectores y lectoras deseosos de conocer cómo se habían afrontado, combatido y superado (y hasta qué punto y a qué precio) conmociones similares a la producida por el actual coronavirus por parte de aquellos seres humanos que hubieron de padecerlas antes de nosotros. Y de todas las cuales, a fin de cuentas, se acabó por salir de un modo u otro. Lecturas, pues, en busca de conjurar miedos y fundamentar esperanzas...

No querría perderme en una relación de títulos cansina e irritante. Con todo, no puedo dejar de recomendar unas cuantas obras que pienso que lo merecen, algunas de las cuales se encuentran además disponibles gratuitamente –ya nos las cobran en forma de publicidad los algoritmos de las respectivas páginas web que las alojan– en versión digital en los amplios espacios de internet.

Es el caso del libro de Sonia Shah, *Pandemia. Mapa del contagio de las enfermedades más letales del planeta* (Capitán Swing, 2017), que traza la historia del cólera hasta su dispersión por el mundo en el siglo XIX y la de los patógenos posteriores que han seguido sus pasos hasta la fecha en que fue escrito, poco antes del COVID. También el de Steven Johnson, *El mapa fantasma. La epidemia que cambió la ciencia, las ciudades y el mundo moderno* (Ediciones Kantolla, 2006), centrado en el brote de cólera que sacudió Londres en el verano de 1854. O del de Laura Spinney, *El jinete pálido. 1918: la epidemia que cambió el mundo* (Crítica, 2018), que trata de la “gripe española” en su centenario. Sólo en papel, que yo sepa, circulan obras de notable interés como la James L. A. Webb Jr., *La carga palúdica en la humanidad. Una historia universal de la malaria* (Publicacions de la Universitat de València, 2013), cuyo título es suficientemente explícito; la de Kyle Harper, *El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio* (Crítica, 2019), es decir, en la clausura del mundo antiguo; la de Ole J. Bedictow, *La peste negra, 1346-1353: la historia completa* (Akal, 2011), sobre la famosa y devastadora pandemia medieval; o el excelente y trabajado volumen de José Luis Betrán Moya, *Historia de las epidemias en España y sus colonias, 1348-1919* (La Esfera de los Libros, 2006), por citar un producto “nacional”, no traducido. Podríamos seguir...

*El mosquito* de Timothy C. Winegard que aquí nos interesa no es, pues, el mensaje solitario que circula por un mar ajeno encerrado en una botella, sino un tomo entre otros, aunque de interés más que notorio, de una biblioteca bien surtida y en proceso de crecimiento. Su originalidad descansa en el hecho de que no se dedica a historiar epidemias o pandemias en general o concretas, ni enfermedades específicas, ni sus efectos sobre las respectivas sociedades que las sufrieron, sino que se fija en el que ha sido, sin duda alguna, el mayor vector (es decir, el organismo que actúa como transmisor) de la propagación de enfermedades infecciosas en la historia, el “perverso” mosquito, y en la lucha constante que han librado los seres humanos y estos insectos diminutos y alados a lo largo del tiempo y que sigue abierta. A fin de cuentas, las picaduras de las hembras del mosquito del género *Aedes* son los vehículos de contagio de enfermedades víricas tan dañinas como la fiebre amarilla, la fiebre del Nilo occidental, la fiebre de chikungunya, el dengue o el zika. Las del género *Anopheles*, por su parte, esparcen el nocivo parásito responsable de los cinco tipos de malaria que afectan al *Homo sapiens*, y es bien sabido que la malaria ha constituido y constituye aún el mayor azote sufrido por los seres humanos desde la aparición de la especie. Y unas y otras, junto a las de un tercer género de mosquito, el *Culex*, transmiten el agresivo gusano responsable de la filariasis o elefantiasis, una dolencia estigmatizadora como pocas. Se conjetura que de los hombres y mujeres que han existido durante la historia (que en total rondarían los 108.000 millones), casi la mitad (se calcula que 52.000 millones) habrían fallecido a causa de enfermedades contraídas por el inicuo picotazo de una mosquita.

El libro es, así, el relato de cómo esa enconada lucha mantenida a través de los siglos ha afectado a la vida entera de la humanidad, de manera que ha tenido grandes consecuencias sociales, políticas, culturales o bélicas (en numerosas guerras, no es ningún secreto, ha muerto mucha más gente por obra de las epidemias transmitidas por los mosquitos que por el impacto de los mosquetes y el resto de armas manufacturadas). Algo que se realiza a lo largo de más de 500 páginas de texto (que incluyen además 32 ilustraciones bien elegidas), mientras que el resto del contenido del grueso y bien editado volumen lo ocupa un aparato de erudición tan completo como eficaz: bibliografía, notas, comentarios sobre las notas e índices.

Timothy C. Winegard es historiador de formación y de profesión. Nacido en Canadá, licenciado en Historia en la University of Western Ontario y en Educación en Historia e Inglés en la Nipissing University, también en Ontario, cursó después un máster en estudios de guerra en el Royal Military College de su país y se doctoró en Historia en Oxford. Ahora bien, lo que lo hace de él un historiador singular es que durante nueve años sirvió como oficial en las fuerzas armadas canadienses y británicas, algo que lo llevó por varias partes del mundo y que, sin duda, (y tanto por lo que toca a la experiencia en el ejército como a la viajera) condiciona su manera de ver las cosas e influye en sus trabajos. Todo estudioso de la historia es hijo de su tiempo y de su biografía. Claro que sí.

No hay que sorprenderse, por lo tanto, de que sus intereses como historiador abarquen tanto la historia militar como la de los pueblos y culturas indígenas, la historia colonial de América del Norte o la historia comparada de las sociedades de colonos británicos, asuntos que entreveran gran parte del material y el relato recogidos en las páginas de *El mosquito*, ni de que enseñe Historia de los Estados Unidos, Política Comparada y Civilizaciones Occidentales (además de dar clases sobre las implicaciones históricas y actuales del petróleo) en el lugar en que trabaja desde 2012, la Colorado Mesa University, institución pública estadounidense situada en Grand Junction, en el corazón de las Montañas Rocosas.

Antes de publicar *El mosquito*, que se ha convertido en un *best seller* de esos que las editoriales vocean como “aclamados por la crítica”, ya había dado a la imprenta otros cuatro libros escritos con un espíritu mucho menos comercial que ejemplifican muy bien esos intereses mencionados. Del año 2008 es *Oka: A Convergence of Cultures and the Canadian Forces* (Kingston, Canadian Defence Academy Press). En 2011 publicó *Indigenous Peoples of the British Dominions and the First World War* (Cambridge, Cambridge University Press). En 2012, *For King and Kanata: Canadian Indians and the First World War* (Winnipeg, University of Manitoba Press). Y, en 2016, *The First World Oil War* (Toronto, University of Toronto Press).

Dicho lo anterior creo que será fácil convenir que *El mosquito* no es el tipo de producto historiográfico que se suele escribir mayoritariamente en Europa (aunque sería reduccionista pensar que cultivar la historia en el viejo continente implica sujetarse a una especie de modelo característico), sino, más bien, una obra concebida de acuerdo a los cánones literarios de la *nonfiction* tan en boga en los Estados Unidos desde hace décadas. Aunque Winegard no traspasa los límites del decoro historiográfico (basta mirar el aparato erudito para constatarlo), su texto no se funda en una investigación de fuentes primarias, sino que consiste en un relato escrito para el consumo de un público amplio, y no preferentemente para otros historiadores, un sólido relato, cabe añadir, construido sobre fuentes secundarias, de manera que tiene en su base una selección y ordenación de materiales sobre el objeto de estudio extraídos de las abundantes lecturas del autor (con una excepción que después señalaré). Así pues, el libro, que puede encuadrarse dentro de la corriente de “historia global” tan de moda en aquellas latitudes donde lógicamente el eurocentrismo ha hecho crisis, está ideado, a mi parecer sin demasiado disimulo, con la aspiración de llegar a convertirse en un éxito de ventas. Algo que no censuraré: aunque, como en cualquier otra disciplina con ínfulas científicas, la especialización y el debate crítico entre pares constituya el requisito imprescindible para aumentar y mejorar el conocimiento (lo que sabemos entre todos y que nadie sabe ni puede saber por completo). La historia es un campo muy especial de indagación al que repugnan los cercamientos e invita a los acercamientos, un campo en el que, dado su objeto y sus numerosos usos públicos, es necesario intentar mantener un constante diálogo con la sociedad en su conjunto, y no con una estricta *société savant*.

El relato de cómo “el mosquito espolea el viaje de los seres humanos por sus rutas inexploradas y estimula su viaje serpenteante a lo largo del tiempo de maneras misteriosas, si no macabras”, ligando “acontecimientos históricos que a veces parecen no estar relacionados, separados por la distancia, las épocas y el espacio” (p. 77), avanza así como un tren de largo recorrido que conecta la Prehistoria con la actualidad. Un tren que efectúa paradas intermedias en la Grecia clásica, el Imperio romano, las Cruzadas medievales, el Imperio mongol de Gengis Kan y el “intercambio colombino” (el concepto acuñado por el historiador norteamericano Alfred Crosby para dar cuenta de los procesos de transferencia desencadenados por los viajes de Cristóbal Colón y compañía). También se detiene en la instalación de esclavos africanos en el “nuevo” continente, y de colonos blancos, y, con ello, en el nacimiento de las sociedades coloniales, en las guerras que encendieron, en la Revolución americana y en la emancipación del resto de naciones de aquel continente. Asimismo, en la expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste (su “destino manifiesto”) y en su agresiva guerra contra México, en la Guerra Civil estadounidense, en el imperialismo decimonónico, en la guerra de Cuba y en las guerras mundiales. Finalmente, y ya cerca de la estación de término, se para en la aparición del DDT y otros insecticidas, en la adaptación del mosquito a ellos para ofrecer resistencia y en los últimos pasos dados por la ciencia humana en esta lucha del ser humano por mantenerlo a raya.

Evidentemente, el trayecto seguido por el tren transcurre a partir de la estación del intercambio colombino por tierras americanas, libres, por cierto, de mosquitos vectores de enfermedades antes de la arribada de las naves castellanas. El viejo eurocentrismo, una forma de engreimiento y de mistificación que resulta muy característica de cómo se han jerarquizado las sociedades humanas hasta casi nuestros días, recula en manos de los historiadores del pelaje de Winegard hacia un americanocentrismo que, quizá, haya de ser un precio que pagar por la deseada “globalización” en nuestro ámbito, pero que no deja de amenazar con otros falseamientos, con otras simplificaciones, al tiempo que es muy significativo del cambio sufrido por las relaciones de poder global en tiempos recientes. Quien habla reclama la capacidad de imponer el discurso, y ahora los sujetos que alzan más la voz están al otro lado del Atlántico... Y no sé si son mejores... La historia se convierte en sus manos en el largo y tortuoso camino que lleva desde la garganta de Olduvai a las ciudades y los campos de los Estados Unidos, país convertido en timonel de Occidente.

Por otro lado hay que señalar que Winegard escribe bien. No se limita a un corta y pega de los libros y artículos consultados (aunque algo hay de ello), sino que los trabaja y añade referencias a gentes y situaciones de antes o de ahora que animan el relato y lo dotan de atractivo. Le encuentro, sin embargo, algunas pegas que lastran un poco el producto y que no puedo dejar de mencionar. En primer lugar, cierta tendencia a la redundancia que contribuye a alargar innecesariamente, en mi opinión, algunos capítulos en los que la misma información o la misma idea aparece, reaparece y vuelve a aparecer: un tijeretazo bien dado hubiera mejorado la amenidad en esas ocasiones. En segundo lugar, la comisión de algún que otro exceso en los guiños a la actualidad que realiza para aligerar y hacer más placentero el texto. Por ejemplo, cuando escribe (p. 145) que “al menos siete papas, entre ellos el influyente y libertino Alejandro VI (que Netflix conoce como Rodrigo Borgia)”... ¿Sólo Netflix? O, cuando describe a los cruzados (p. 157) como hombres “más semejantes a los gánsteres y matones de Al Capone o Pablo Escobar que a los mitificados salvadores artúricos de damiselas en peligro y guardianes de la cristiandad”... ¿Soy el único que encuentra en esa frase un deslizamiento poco recomendable hacia el anacronismo? También cuando realiza una especie de concesiones a la galería en forma de datos que quieren ser graciosos pero que no sabemos a cuenta de qué se traen a colación y se convierten en triviales. Así (p. 450), cuando se cita al virólogo Max Theiler, padre de la vacuna contra la fiebre amarilla y galardonado por ello con el premio Nobel de 1951. Preguntado sobre qué pensaba hacer con el dinero del galardón, nos dice Timothy Winegard, el premiado respondió: “Comprar una caja de whisky y ver jugar a los Dodgers”. ¿Puede imaginarse mayor futilidad en un texto que debiera ser riguroso?

Peor aún es la presencia de simplificaciones y de contradicciones que chirrían ante los ojos lectores. Una muestra de lo primero (p. 111) es afirmar que Roma “se convirtió en una república democrática en el año 506 a.n.e., después de un levantamiento popular”. Bueno, una verdad a medias... Otra (p. 143), sostener que el emperador Teodosio “proclamó oficialmente que el catolicismo romano era la única religión oficial del imperio”. Un dictado sin matices que haría las delicias de cualquier historiador del nacional-catolicismo franquista. Lo que impuso Teodosio como religión oficial, claro está, fue el cristianismo tal como se había fijado en el Concilio de Nicea (frente a las alternativas “heréticas”), y ese es el cristianismo de los papas, pero también el de los patriarcas griegos de Constantinopla, el de Lutero o el de Calvino. Tal como está escrita, la frase puede confundir.

Un ejemplo de lo segundo, es decir, de contradicción, lo hallamos en la referencia a un general de la Unión en la Guerra Civil norteamericana, George McClellan. En un lugar (p. 391), se refiere a él como “el teniente general George

McClellan” en un contexto localizado al principio de la lucha, mientras que poco después (p. 408) se nos dice que en marzo de 1864, con la guerra ya avanzada, “Lincoln ascendió a Grant a teniente general, un rango que hasta entonces se había reservado en exclusiva para George Washington”. ¿Cómo pudo ser teniente general McClellan entre uno y otro? ¿O es que esta última aseveración es falsa?

Sin embargo, creo que sería una equivocación insistir demasiado en este tipo de críticas por mi parte. Los problemas expuestos existen, y no debieran ser minusvalorados ni negados; pero no pueden constituir una especie de enmienda a la totalidad de un libro que no deja de ser por ello muy consistente y muy válido. Me gustaría que mis críticas sólo fueran percibidas como pequeños picotazos de mosquito macho, que ya se sabe que es el que no contagia nada. De hecho, quiero contrarrestarlas con la excelente impresión que me ha producido el uso que Winegard hace del caso de dos miembros de su familia que hubieron de enfrentarse y superar fuertes amenazas a su salud como consecuencia de infecciones transmitidas por mosquitos. Estas ocasiones en que el autor sí que hace uso de fuentes directas, aunque sean orales, constituyen la excepción a su dependencia de fuentes secundarias a que más arriba me referí.

Así, en las páginas 483-486 nos cuenta la historia del abuelo de su mujer, el sargento estadounidense Walter “Rex” Raney (del que hay una fotografía con ropas militares “de faena” en la p. 487), que contrajo por primera vez la malaria en 1944 en Italia, durante el desembarco de Anzio, y, tras superarla, participó en la campaña de las Ardenas y en la liberación del campo de Dachau, donde volvió a infectarse. Y en las páginas 549-551 el protagonismo lo adquiere el bisabuelo del propio autor, William Winegard, que participó en la Primera Guerra Mundial como soldado y como marinero en las fuerzas armadas canadienses (hay una foto suya con uniforme de la marina en la página 550). En el verano de 1918, el joven William –a la sazón de 18 años de edad– contrajo a la vez la gripe española, el tifus y la malaria. Casi nada. Dado por muerto, se vio que parpadeaba cuando iba a ser lanzado por la borda. Rescatado, pues, de milagro, luego, se recuperó de sus enfermedades, volvió a servir en la marina canadiense durante la Segunda Guerra Mundial y murió a la longeva edad de 87 años. Lo más interesante es que su dramática experiencia como triple enfermo en 1918 y su lenta curación le obligaron a que su regreso a Canadá se retrasara casi dos años, y “en el viaje de vuelta a casa, en 1920, se acercó a una adolescente que, mareada, vomitaba por encima de la barandilla”. Ese fue el inicio de una relación que llevó a un matrimonio que duró sesenta y siete años y sin el cual su biznieto no hubiera existido. “Debo mi vida”, reconoce Winegard, “a un mosquito anófeles africano que combatió en la Primera Guerra Mundial”.

Cada vez me gustan más esos detalles en los libros de historia. Quizá haya quien los vea como coartadas emocionales usadas por un autor astuto para tocar el corazón de sus lectores y lectoras. Quizá... Pero yo encuentro que relatos de ese tipo, alusiones al pasado y las experiencias de los seres (como sujetos individuales) y las gentes (como agregado de personas) que constituyen el contexto vital del historiador o historiadora, o a las propias vivencias que han jalonado su biografía, sirven para humanizar la historia y, siempre que el autor no sea Winston Churchill, el marqués de Lozoya o alguien más de alta cuna, para democratizarla. A poco que hurguemos, todos y cada uno de nosotros y nosotras nos topamos con que nuestras “pequeñas historias” se entrelazan con la “gran historia”, que la historia, por tanto, nunca nos puede ser ajena.

Únicamente me queda recomendar encarecidamente la lectura de este buen libro de Timothy C. Winegard. Más allá de lo dicho, su tema es importante, su perspectiva, correcta, y su erudición, impecable. Y al leerlo no se puede evitar mirar de otra manera, más esperanzada, la actual pandemia de COVID-19. Constatando las

grandes mortandades provocadas por las infecciones e infestaciones de antaño, tantas de ellas ligadas a picaduras de mosquitos, y, junto a las cuales, la actual de algún modo palidece, uno gana confianza en la idea de que de ésta se sale...

**Joan J. Adrià i Montolí**